

La información se convierte, por ello, en un estimadísimo aparato para fabricar ideología uniformadora y tranquilizante. Del cacharrito se valen todos los que pueden pagar las piezas o los que previamente se han asegurado su control político-jurídico. Como suele haber coincidencia de pareceres entre los que poseen el medio de producción informativa y los que controlan el correlato político-jurídico, se llega a una identidad de objetivos: poner a la información al servicio de una situación dada, en la esperanza de convertir la Historia en una foto fija.

Ahora bien, para conseguir lacar la realidad hay que recurrir a gentes de oficio, a peluqueros de la información con o sin casaca. Es entonces cuando entra en juego el profesional dotado de una tecnología del mensaje que tiene un precio si se ajusta a la intencionalidad que los controladores quieren dar a ese mensaje.

Sé que es mucho más fácil explicarlo, pero mucho más arriesgado. Y sé también que es muy difícil hacer frente a esta situación de postración profesional, de no mediar una toma de conciencia radical por parte de los mismos profesionales. Una toma de conciencia que se está fraguando en estos momentos a nivel internacional y que ha tenido síntomas muy aireados, a la medida del colonialismo yanqui, y síntomas ya muy estudiados y convertidos en materia de tesis, a la medida del academicismo europeo. Por una parte, Watergate y la victoria del «Washington Post», y por otra, las muy reputadas «sociedades de redactores».

En la medida española, podemos convertir el caso de Antonio Guerra en una película nacional protagonizada por Landa o López Vázquez, o podemos darle la exacta medida de una grave piedra de toque que afrontar. Están muy claros los derechos del poder político, muy claros los derechos empresariales y muy oscuros los derechos de los profesionales. El periodista está en condiciones de medir la única objetividad válida: la que apuesta por un sentido progresivo de la modificación de la realidad. Hay un compromiso implícito entre el profesional y el público, precisamente porque el público aparece desvalido ante cualquier conspiración de voces o silencios que se perpetre contra él.

Se ha insistido mucho sobre la «sociedad de redactores» como fórmula de parcial arreglo, y en el contexto actual no sería de desde-

ñar. Pero muy poco sobre «las sociedades de lectores y suscriptores» en la línea de la creciente necesidad de participación popular. Si se especula sobre la necesidad de que los consumidores tengan toda clase de garantías sobre los componentes de la margarina de mesa, se revela la necesidad de que el lector de periódicos tenga garantías sobre una mercancía que le satisface o modifica el apetito histórico.

Habría que hablar, pues, de un eje profesional-público que equilibrara el potencial del eje Estado-empresa. Ante el caso que ha dado origen a esta reflexión, uno sólo puede deducir que las revelaciones de Guerra sobre el periodismo en provincias tenían un interés capital para el público de provincias consumidor de ese periodismo. La lealtad hacia ese público está por encima de cualquier otro tipo de lealtades. Cuando las agencias internacionales falsifican o mixtifican la información según los intereses perseguidos, se habla de la necesaria independencia informativa de los pueblos. Dejemos las grandes abstracciones geopolíticas y reduzcámonos a la realidad cotidiana de una ciudad en la que la conciencia de la inmensa mayoría depende de lo que le meten por el embudo informativo. La desigualdad de la relación es evidente.

Al periodista se le ha convertido en sacerdote poseedor de mecanismos de traducción de un latín que él no controla. Cada mañana oficia ante los fieles como un mero intermediario; al parecer, al margen de las colectas de los cepillos materiales y espirituales. La práctica cotidiana de la profesión, la subconsciente asimilación de los riesgos conllevados, no ayuda precisamente a un distanciamiento crítico que haga ver al profesional qué papel juega por su gusto y qué papel le hacen jugar.

Pero de vez en cuando, la rutina de la irreflexión se rompe por casos que lo que nos ocupa. En este aspecto influye además la llegada al profesionalismo de las nuevas promociones surgidas de las escuelas especializadas, con una cierta capacidad de teorización sobre su práctica cotidiana y en perpetuo conflicto moral entre lo que quieren dar al público y lo que pueden dar. La presión de esos nuevos profesionales empieza a sentirse y es un hecho irreversible frente al que no se consigue hacer frente ni por el control estructural, ni por la notas dejadas en la portería. ■ M. V. M.

Los Contem pora neos

LA REBELION DE LOS TONTOS

Entre las pocas convicciones de tipo general que tiene el mundo, una es que el verano es época de tontos. Es, a mi juicio, una creencia optimista, porque supone que el invierno, el otoño y la peligrosa primavera son épocas de inteligentes. "En verano no se lee", se dice. En invierno, ciertamente, se edita. En verano, los teatros se cierran o entregan sus salas a espectáculos mediocres o desesperados, y los empresarios de cines hacen un esfuerzo infinito para seleccionar películas tontas entre todas sus películas tontas. El que a veces aparezcan en verano obras o películas inteligentes ("Ana y los lobos") no es más que un resultado dialéctico, el de la negación-de-la-negación. Si el encargado de seleccionar lo tonto es tonto en sí mismo, seleccionará lo inteligente como tonto.

La base de esta singular creencia es la de suponer que la recepción de la cultura es un trabajo y que en verano hay que descansar. También puede suponerse que es una conspiración. Los tontos aprovechan el descanso veraniego, las vacaciones, la baja de la guardia de los inteligentes, para adueñarse en verano del poder cultural. Es una revolución. Cada vez cuesta luego más trabajo desalojarlos. Y muchas veces, en pleno invierno, puede pensarse que han ganado ya definitivamente, quizá hace muchos años.

Uno de los más eficaces instrumentos en su técnica del golpe de estado son los festivales. Los festivales, claro, de verano. Escuchándolos se comprende hasta qué punto ha sido grave la derrota de los inteligentes. Entendamos por inteligentes a una línea de cerebros privilegiados, desde el anónimo inventor del caleidoscopio y la linterna mágica, hasta Zworkyn, el del icinoscopio, pasando por los sabios de la electricidad las ondas hertzianas y el cine (toda la serie de los Lumière, Volta, Hertz, Marconi, Edison...). Y Von Braun, que con sus estrepitosas máquinas de guerra adelantó los satélites artificiales, y por lo tanto, el Telstar. Toda esta acumulación científica, todas estas glorias —y los fracasos que se quedaron por el camino—, han servido finalmente para que se transmita a toda España y a Iberoamérica la imagen de Emilio

José ganando el Festival de Benidorm gracias a un sistema de comunicación telefónica instantánea —¡el cerebro de Graham Bell!— que dio los votos de los Jurados, leídos por una primera actriz que suele interpretar "Abelardo y Eloísa" y em-

nados de las Redacciones de periódicos regionales —¡Gutenberg!— de toda España. "Soledad, tan tierra como la amapola, que vivió siempre en el trigo sola, sin necesidad de nadie...", cantaba Emilio José para millones de personas en, por lo menos, dos continentes, unidas por la maravilla de la ciencia y de la técnica humanas: "Soledad vive como otra cualquiera/en la aldea donde naciera/lava, corre, llora y rie...", insistió el cantautor, como se dice ahora para adecuar el lenguaje a lo que en otros tiempos se llamó "silbantes" (porque silbaban sus melodías para que otros las escribieran).

El triunfo de la aleluya sobre la ciencia es impresionante. Otras aleluyas merecieron el más severo Premio de la Crítica, el más intelectual galardón: "a la mejor letra". "Aún no he quitado el mantel/que sabe tanto de tu piel" (es de Pedro Rodríguez, que en invierno tiene una producción distinta). Es, en efecto, una letra interesante, porque estimula, hace pensar. ¿Cómo un mantel puede servir para algunas combinaciones por las cuales puede entrar en la sabiduría directa de la piel de una persona? ¿Por qué el cantor no lo ha quitado? ¿De dónde no lo ha quitado? De un ángulo de la habitación. "Aún espera en un rincón,/como un soldado de cartón". La confusión aumenta, ¿Qué se hacía con un mantel especialista en epidermis en un rincón? ¿Cómo puede adquirir la forma espectacular de un soldado de cartón?

Es el triunfo del verano sobre el invierno. En invierno, los sabios inventaron la electricidad, la radio, el teléfono, el cine, la televisión, la prensa. En verano fueron ocupados por los otros. Que se van adentrando cada vez más hacia el otoño, hacia el invierno...

Esto puede llevar a la inquietante pregunta de quiénes son, en realidad, los tontos. ¿No serán los supremos inteligentes? ¿Los que han sido capaces de convencer a los verdaderos tontos de que son inteligentes, y que se conformen con eso?

POZUELO